

“Proclamar la Palabra de Dios” *

Salvador Carrillo Alday, M. Sp. S.

*“Padre Santo: santifícalos en la verdad;
Tu Palabra es verdad...”*

*Y por ellos Yo me santifico a mí mismo,
para que también ellos sean santificados
en la verdad” (Jn 17,11.17.19).*

Nuestro retiro espiritual se ha ido desarrollando en torno al tema “Un llamado a la santidad sacerdotal”; y el título de esta comunicación es “Proclamar la Palabra de Dios”.

Sí, la Palabra de Dios, y sobre todo la Liturgia de la Palabra reúne al Pueblo sacerdotal y lo santifica. Y la razón es clara, pues la Palabra de Dios, cuando es proclamada, congrega a los hombres (Mc 2,2; 4,1-2), y como es Palabra santa —ya que el Espíritu Santo está en su origen— comunica santidad y vida (Jn 6,63) ¹.

Por otra parte, sabemos que Jesús es a la vez la Palabra del Padre y la “santificación” de Dios: él es “el Santo de Dios” (Jn 1,1; 3,34; 6,69; 1 Co 1,30). Hay, pues, una relación muy estrecha entre Cristo Jesús, la Palabra de Dios y la santidad.

San Jerónimo solía decir: “Desconocer la Escritura es ignorar a Cristo”; y en consecuencia podemos decir, a la inversa, que conocer la Palabra de Dios en la Escritura será también conocer a Cristo. En efecto, Jesús mismo invitaba a sus contemporáneos a que lo descubrieran en los Libros Santos:

*“Investigad las Escrituras, ya que creéis tener en ellas vida eterna;
ellas son también las que dan testimonio de mí” (Jn 5,39).*

* Conferencia pronunciada el 8-X-1984 durante el Retiro Mundial de Sacerdotes, celebrado en el Aula de Audiencias “Pablo VI”, Ciudad del Vaticano, del 5 al 9 de Octubre de 1984.

¹ Ya el Pueblo de Israel, al ser escogido por Dios-Santo, era un “Pueblo santo” (Ex 19, 6). La comunidad de los tiempos mesiánicos es anunciada como una comunidad de santos (Dn 7, 18). Los cristianos, consagrados como nuevo “Pueblo santo” de Dios (1P 2, 9) y re-engendrados por la Palabra de Dios viva y permanente (1P 1, 23; 1Co 4, 15), son llamados a ser santos, puros, sin mancha (1 Co 7, 34; Ef. 1, 4; 5, 3; Col 1, 22). La exigencia de santidad del cristiano se origina en su bautismo (Ef 5, 26-27) y su ideal es la santidad misma de Dios (1P 1, 15-16; Mt 5, 48; 1Jn 3,3).

Nuestro ministerio sacerdotal se ordena en forma muy directa a la proclamación de la Palabra y a la santificación del Pueblo de Dios. Hagamos, pues, a este propósito algunas reflexiones, guiados por la luz del Espíritu Santo.

I. Misión del Sacerdote: Proclamar la Palabra Santificadora

1. "Id y proclamad la Buena Nueva".

Han transcurrido ya casi 20 siglos desde aquel día feliz en que Jesús resucitado y glorificado se apareció a los Discípulos en el cenáculo y les dijo: "*Como mi Padre me envió, también Yo os envío*" (Jn 20,21); y poco después, en una montaña de Galilea, les ordenaba con solemnidad:

"Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los gentiles, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado.

Y he aquí que Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28,18-20).

A partir de entonces, la Iglesia de Cristo ha estado siempre empeñada en la tarea urgente de evangelizar y santificar al mundo; y, por lo que respecta a nuestra época, todos somos conscientes de que vivimos un momento privilegiado de esa sublime misión. En nuestros oídos resuena con todo su vigor el mandato de Jesús: "*Id por el mundo entero y proclamad la Buena Nueva a toda la creación*" (Mc 16,15); y están vivas en nuestra mente las luminosas directivas de las Exhortaciones Apostólicas *Evangelii Nuntiandi* del Papa Pablo VI, y *Catechesi Tradendae* de S. S. Juan Pablo II.

Es, pues, nuestra tarea proclamar al mundo entero la Palabra del Señor para que se convierta, se salve y viva (Lc 5,32; 19,10; Jn 3,17; 1 Ti 2,4). También para nosotros vale la convicción del Apóstol Pablo "*Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria: es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no proclamara el Evangelio!*" (1 Co 9,16)².

2. Los Presbíteros, ministros de la Palabra de Dios.

² Cf *Evangelii nuntiandi* 14: La evangelización, vocación propia de la Iglesia; 42-44: Una predicación viva; la Liturgia de la Palabra; la Catequesis.

Catechesi tradendae 27: La Escritura como fuente de la catequesis; nn. 35-45: Necesidad de la catequesis.

Hacia el año 600, San Gregorio Magno escribía: "Hay que reconocer que, si bien hay personas que desean escuchar cosas buenas, faltan en cambio quienes se dediquen a anunciarlas. Mirad cómo el mundo está lleno de sacerdotes, y, sin embargo, es muy difícil encontrar un trabajador para la mies del Señor; porque hemos recibido el ministerio sacerdotal, pero no cumplimos con los deberes de este ministerio" (Homilía 17, 3. 14: PL 76, 1139s).

La noble y urgente misión de proclamar la Palabra de Dios, confiada por Jesús a sus Apóstoles, ha sido recogida nuevamente en nuestros días por el Concilio Vaticano II, y expuesta en varios documentos conciliares³. Entre ellos llama particularmente la atención el n. 4 de *Presbyterorum Ordinis*, en el que se destacan claramente algunas ideas importantes:

1º. El Pueblo de Dios se congrega primeramente por la Palabra de Dios vivo. Por tanto, los presbíteros tienen por deber primero el anunciar a todos el Evangelio de Dios, de manera que... constituyan y acrecienten el Pueblo de Dios.

2º. Con la palabra de salvación se suscita la fe en el corazón de los no-creyentes y se nutre en el corazón de los fieles.

3º. Los presbíteros se deben a todos para comunicarles la verdad del Evangelio, de que gozan en el Señor: a los gentiles, a los no-creyentes, a los fieles todos.

4º. Su deber es enseñar no su propia sabiduría, sino la Palabra de Dios, e invitar a todos constantemente a la conversión y a la santidad.

5º. El ministerio de la Palabra se ejerce de forma múltiple según las diversas necesidades de los oyentes, y los carismas de los predicadores.

6º. La predicación de la Palabra se requiere para el ministerio de los sacramentos, ya que son sacramentos de la fe, la cual nace de la palabra y de ella se alimenta; esto hay que decirlo señaladamente de la Liturgia de la Palabra en la celebración de la Misa, en la que se unen inseparablemente:

- * el anuncio de la muerte y resurrección del Señor,
- * la respuesta del Pueblo que oye,
- * y la oblación misma, por la que Cristo confirmó con su sangre la Nueva Alianza, oblación en la que los fieles comulgan de deseo y por la percepción del sacramento.

II. La Palabra de Dios

1. *La Palabra de Dios en la Escritura.*

La misión del sacerdote es proclamar la Palabra de Dios, y ésta se encuentra tanto en la Tradición Apostólica como en la Sagrada Escritura⁴. Refiriéndonos a la Escritura, es útil recordar algunos pasajes particularmente significativos.

Pablo escribía a Timoteo:

"Las Sagradas Letras pueden darte la sabiduría que lleva a la sal-

³ *Lumen Gentium* 25; *Presbyterorum Ordinis* n. 4; *Sacrosanctum Concilium* 33. 35. 48. 52.

⁴ Cf. *Dei Verbum* 9-10. "La Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura constituyen un solo depósito sagrado de la Palabra de Dios confiado a la Iglesia". (DV 10).

vación mediante la fe en Cristo Jesús; ya que toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, argüir, corregir y educar en la justicia; así el hombre de Dios se encuentra perfecto y preparado para toda obra buena" (2 Ti 3,15-17).

Y el autor de la Carta a los Hebreos insistía:

"Ciertamente la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que espada alguna de dos filos. Penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas; y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón. No hay para ella criatura invisible; todo está desnudo y patente a los ojos de Aquel a quien hemos de dar cuenta" (He 4,12-13).

2. La Palabra de Dios en la proclamación.

Sin embargo, para nosotros es de suma importancia saber que la Escritura llama Palabra de Dios no únicamente a aquello que se lee en la Biblia, sino también a la proclamación misma que brota de nuestros labios de evangelizadores. En esta línea, las aportaciones del Apóstol Pablo son decisivas.

El escribe a los Tesalonicenses:

"Al recibir la Palabra de Dios que os predicamos, la acogisteis, no como palabra de hombre, sino cual es en verdad, como Palabra de Dios, que permanece operante en vosotros los creyentes" (1 Ts 2,13).

Y a los Romanos:

"No me avergüenzo del Evangelio, que es una fuerza de Dios para salvación de todo el que cree" (Ro 1,16).

Y a los Corintios:

"La Palabra de la cruz es una necedad para los que se pierden; mas para los que se salvan —para nosotros— es fuerza de Dios" (1Co 1,18). "Mi palabra y mi proclamación no tuvieron nada de los persuasivos discursos de la sabiduría, sino que fueron una demostración del Espíritu y del poder, para que vuestra fe se fundase, no en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios" (1 Co 2,4-5).

3. Características de la Palabra de Dios.

No queremos ser interminables citando multitud de textos. Bástenos decir que, recogiendo testimonios tanto de los Profetas y de los Sabios del A. T., como de Jesús y de los Apóstoles en el N. T., la Palabra de Dios, ya sea escrita como proclamada, aparece con una impresionante riqueza de matices: ante todo es *"verdadera palabra de Dios"*; y luego: creadora, viva, vivificante, eficaz, operante, interpeladora, justiciera, penetrante, iluminadora, fecunda, perenne, gloriosa; portadora de fuerza y de poder, demostración del Espíritu de Dios, fuente de sabiduría divina, ma-

nancial de vida eterna, comunicadora de espíritu y verdad, principio de felicidad, mensajera de paz; purificadora, santificadora, permanente, generadora de vida nueva, liberadora, garantía de salvación y anunciadora de eternidad⁵.

4. *La Palabra de Dios y el Magisterio de la Iglesia.*

Ante tal abundancia de prerrogativas, no es de extrañar que el Concilio, refiriéndose a la Sagrada Escritura, haya condensado la tradición de la Iglesia en fórmulas preñadas de sentido.

“La Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura de ambos Testamentos son como un espejo en que la Iglesia peregrina en la tierra contempla a Dios, de quien todo lo recibe, hasta que le sea concedido el verlo cara a cara, tal como es” (1Jn 3,2)⁶.

“Escritura y Tradición son la regla suprema de la fe. Las Escrituras, inspiradas por Dios y escritas de una vez para siempre, comunican inmutablemente la Palabra del mismo Dios, y hacen resonar la voz del Espíritu Santo en las palabras de los Profetas y de los Apóstoles”⁷.

“El alimento de las Escrituras ilumina la mente, robustece la voluntad, enciende los corazones de los hombres en el amor a Dios”⁸.

5. *Jesús, Palabra de Dios.*

Pues bien, todos los atributos de la Palabra de Dios a que hemos aludido se sintetizan y se personalizan admirablemente en la persona de Jesús: Mesías, Hijo de Dios y Palabra del Padre, quien es a la vez mediador y plenitud de toda la revelación⁹. En efecto, “Jesu-Cristo, ver al cual es ver al Padre (Jn 14,9), con su propia presencia personal y manifestación, con palabras y obras, señales y milagros, y sobre todo con su muerte y resurrección gloriosa de entre los muertos, finalmente con el envío del Espíritu de la Verdad, completa la revelación y confirma con testimonio divino que Dios vive con nosotros para liberarnos de las tinieblas del pecado y de la muerte, y resucitarnos a la vida eterna”¹⁰.

⁵ Gn 1, 3; Is 6, 3-10; 40, 9; 52, 7; 55, 10-11; Jr. 1, 7-8. 18-19; 20, 9; Mi 3, 8; Sal 119; Pr 8; Ecl 24; Sab 7-8; Mt 13, 16-17; Jn 1, 1-3; 6, 37-40. 63; 12, 48-50; 15, 3; 17, 17; Ro 1, 16; 1Co 1, 18. 23-24; 2, 4-5; 2Co 5, 18-21; 1Ts 2, 13; 2Ts 3, 1; He 4, 12-13; Sant 1, 18. 21-25; 1 P 1, 23-25.

⁶ *Dei Verbum* 7.

⁷ *Dei Verbum* 21.

⁸ *Dei Verbum* 23.

⁹ *Dei Verbum* 2.

¹⁰ *Dei Verbum* 4.

III. El Sacerdote y la Riqueza de la Escritura

1. *Orar con la Palabra de Dios, leer la Escritura, estudiar la Biblia.*

¿Cómo podrá el sacerdote beneficiarse de tanta riqueza como existe en la Divina Escritura? En la Constitución sobre la Divina Revelación se lee: "Todos los clérigos, especialmente los sacerdotes, diáconos y catequistas dedicados por oficio al ministerio de la Palabra, han de *leer y estudiar asiduamente* la Escritura para no volverse 'predicadores vacíos de la palabra, que no la escuchan por dentro'; y han de comunicar a sus fieles, sobre todo en los actos litúrgicos, las riquezas de la Palabra de Dios"¹¹.

Y poco más adelante: "Recuerden que a la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar *la oración* para que se realice el diálogo de Dios con el hombre, pues 'a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras'"¹².

Este importante texto del Concilio subraya tres verbos: *leer, estudiar y orar*. De aquí brota todo un programa con diferentes enfoques con los que se puede y debe entrar en contacto con la Escritura, Palabra de Dios.

Nadie da lo que no tiene, ni habla de lo que no conoce, ni hace gustar lo que no ama. Por eso, para comunicar eficazmente la Palabra de Dios nos es necesario en primer lugar conocerla, poseerla y gustarla. Es preciso que tengamos "experiencia" de lo que es y produce la Palabra de Dios. Jesús decía: "*Yo hablo lo que he visto donde mi Padre*" (Jn 8,38). Y San Juan escribía: "*Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca del Verbo de la Vida... os lo anunciamos para que también vosotros estéis en comunión con nosotros*" (1Jn 1,1-3)¹³.

2. *Tres principios para nuestro contacto con la Palabra de Dios.*

Es un hecho evidente que el Pueblo de Dios en el mundo entero tiene "*hambre y sed de la Palabra de Dios*" (Am 8,11). Día con día se multiplican diferentes métodos de aproximación a la Escritura. La Biblia se lee por todas partes y en diferentes grupos de apostolado y de vida cristiana, tanto en los grandes movimientos de renovación en la Iglesia, como en asambleas de oración y en grupos de reflexión. La Biblia se lee y se comenta en público, principalmente en la Liturgia de la Palabra durante

¹¹ *Dei Verbum* 25.

¹² *Dei Verbum* 25.

¹³ Según el N.T., para poder *ser testigo* es necesario *haber visto y oído*, lo cual equivale a haber tenido un conocimiento experiencial de alguien o de algo: cf. Mt 11, 4; 13, 13; Mc 4, 24; Lc 1, 2; 2,20; 7, 22; Jn 1, 18. 33-34; 3, 11. 32; Hch 2, 33; 4, 20; 8, 6; 19, 26; 22, 15; 26, 16; 1 Co 9, 1; 1 Jn 1, 2-3.

la celebración eucarística, pero también se lee y se ora con ella en forma privada.

Esta feliz realidad, "signo de los tiempos", es una grande gracia de Dios para nuestro mundo tan convulsionado y tan necesitado de lo divino, de lo trascendente y de lo sobrenatural. Pero, ¿quién no sabe de las dificultades que han existido siempre para una comprensión correcta de los Libros Santos? Sin una orientación adecuada en la lectura de la Biblia, es muy fácil caer en una interpretación literalista de la Escritura, o en una hermenéutica selectiva de textos que sirva para apoyar ideas personales o propias ideologías.

En estas circunstancias, y dado nuestro oficio de "maestros santificadores y pastores del Pueblo de Dios"¹⁴, nosotros sacerdotes tenemos la seria responsabilidad de orientar a los fieles en el recto uso de la Palabra de Dios.

Para esta delicada tarea, hay que tener presentes tres principios importantes que nos ofrece el magisterio de la Iglesia: un principio "fundamental", un principio "vital" y un principio "eclesial".

1º *Conocer el sentido literal histórico de la Escritura.*

Este principio es "fundamental". La razón es obvia. "Dios habla en la Escritura por medio de hombres y en lenguaje humano; por tanto, para conocer lo que Dios quiso comunicarnos se debe estudiar con atención lo que los autores querían decir, y Dios quería dar a conocer con dichas palabras"¹⁵.

Para lograr esto, se requiere nuestro estudio y esfuerzo. Podría presentarse una tentación, a saber: pensar que esta lectura es inútil, estéril, difícil. Sin embargo, para una recta interpretación de la Escritura este principio es básico. Así se evita un cierto "literalismo fundamentalista" en que siempre hay posibilidad de caer.

2º *"Leer o interpretar la Escritura con el mismo Espíritu con que fue escrita"*¹⁶.

Este principio es "vital", es decir, fuente de vida. Antes de leer o estudiar la Palabra de Dios, es necesario invocar la asistencia actuante del Espíritu Santo. Solamente a la luz y al calor del fuego del Espíritu podremos descubrir y gustar los tesoros escondidos en la Palabra de Dios.

Aquí está el secreto para ese "sentido espiritual o pneumático" que siempre Dios ha querido que busquemos en su Palabra. Este sentido espi-

¹⁴ *Presbyterorum Ordinis* 4-6.

¹⁵ Cf *Dei Verbum* 12c.

¹⁶ S. Hipólito, Orígenes, S. Agustín, S. Jerónimo, S. Tomás, Benedicto XV, Enc. *Spiritus Paraclitus* (15 Sept. 1920): EB 469; CV II: *Dei Verbum* 12c.

ritual se percibe gracias a la acción del Espíritu Santo. El Espíritu que inspiró a los autores para escribir, ahora nos asiste iluminando nuestro entendimiento para comprender y re-interpretar vitalmente el mensaje revelado, y enardece nuestro corazón para que la palabra caiga en tierra fecunda y produzca fruto centuplicado de vida eterna.

La luz de nuestra razón iluminada por la fe es ya indispensable para un acercamiento adecuado a la Escritura, pero, para que la comprensión de la revelación sea más profunda y provechosa, hay que pedir al Espíritu Santo que perfeccione constantemente nuestra fe por medio de sus dones ¹⁷.

Así interpretaron ya la Escritura los autores del N.T.: el autor del Evangelio de San Mateo, San Pablo, el teólogo que escribió la Epístola a los Hebreos, el Apóstol Juan, etc.; así utilizaron los Libros Sagrados los Santos Padres y así los leyeron los grandes Maestros de la espiritualidad.

Este principio es vital porque libera del "historicismo". Dios nos ha querido dar la Escritura como alimento que produce "espíritu y vida" (Jn 6,63), y esto no sólo para los contemporáneos de los escritores sagrados, sino también para los creyentes de todos los tiempos. Y así, la Palabra re-leída y re-interpretada en cada época es "apoyo y vigor de la Iglesia, fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual. Excelentemente se aplican a la Sagrada Escritura estas palabras, "pues la Palabra de Dios es viva y eficaz" (He 4,12), y "puede edificar y dar la herencia a todos los que han sido santificados" (Hch 20,32; 1Ts 2,13) ¹⁸.

La Palabra y el Espíritu son inseparables. Hay entre el Verbo y el Espíritu una relación muy íntima y estrecha. Cristo envía el Espíritu, pero el Espíritu manifiesta a Cristo (Jn 15,26). La Escritura entera habla de Cristo, pero es el Espíritu quien lo da a conocer ¹⁹. La letra sola mata; el Espíritu es quien da la vida (cfr. 2 Co 3,6).

El Espíritu Santo nos hace re-leer, re-interpretar, actualizar, aplicar la Palabra para el *hic et nunc* (aquí y ahora) de nuestra vida personal y comunitaria. El Espíritu Santo comunica vida a la Palabra para que ella penetre en la comunidad de los fieles y en el corazón de cada cristiano, de acuerdo a los diferentes ambientes culturales y a las diversas circunstancias de la historia concreta.

En esta perspectiva, cómo cobran sentido y valor las palabras del testamento de Jesús:

¹⁷ *Dei Verbum* 5. - Santo Tomás de Aquino enseña que los dones son ciertas disposiciones o perfecciones o hábitos, más elevados que las virtudes, que Dios infunde en el hombre y lo disponen para ser movido fácilmente por la inspiración divina, y para obedecer prontamente la acción del Espíritu Santo; *Summa Theologica* I-II q. 68 a. 1-3.

¹⁸ *Dei Verbum* 21.

¹⁹ Cf. Jn 5, 39. 46; 12, 41; 15, 26; Lc 24, 25-27; Hch 1, 8; 10, 43.

"Yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre. El Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce; pero vosotros lo conocéis, porque con vosotros mora y en vosotros está" (Jn 14,16-17).

"El Paráclito, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que Yo os he dicho" (Jn 14,26).

Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa..." (Jn 16,13a).

Y lo que el Espíritu Santo hizo vivir a nuestros primeros hermanos en la fe (Jn 2,22; 12,16), y ha hecho experimentar a lo largo de los siglos de cristianismo, lo realiza también hoy entre nosotros y lo seguirá haciendo en lo inédito de la historia.

3º *Leer la Escritura dentro de la Tradición viva de la Iglesia.*

Este principio es "*eclesial*", y nos protege para no correr riesgo de "iluminismo" o de "falsas interpretaciones". Dios ha dado la Escritura a la Iglesia y es dentro de ella y de su Tradición secular como hay que leer e interpretar la Palabra de Dios.

Por esa razón, en la interpretación de la Escritura se debe tener muy en cuenta "el contenido y la unidad de toda la Escritura, la Tradición viva de toda la Iglesia, y la analogía de la fe"²⁰. Esto quiere decir que la verdad de la Escritura no brota de un texto particular sino de la totalidad de la Escritura; que la verdad revelada ha sido percibida por la Iglesia gracias a la asistencia continua del Espíritu Santo, y que los textos difíciles deben ser comprendidos a la luz de la claridad del conjunto.

3. *La Tradición Apostólica crece en la Iglesia.*

Mas no sólo los pastores, sino la comunidad cristiana entera se beneficia de la asistencia del Espíritu Santo en la re-interpretación y actualización de la Palabra siempre antigua y siempre nueva. El Espíritu Santo actúa suave y fuertemente (*suaviter ac fortiter*) en toda la Iglesia, Pueblo santo de Dios: la vivifica, la gobierna, la conduce y la ilumina de continuo de acuerdo a las promesas del Señor Jesús. Y, en virtud de esa asistencia iluminadora del Espíritu, es como se comprende bien una palabra audaz del Concilio:

²⁰ *Dei Verbum* 12c.

"La Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura están íntimamente unidas y compenetradas; porque, surgiendo ambas de la misma fuente, se funden en cierto modo y tienden a un mismo fin... De donde se sigue que la Iglesia no deriva solamente de la Sagrada Escritura su certeza acerca de todas las verdades reveladas. Por eso se han de recibir y venerar ambas con un mismo espíritu de piedad" (DV n. 9).

"Esta Tradición que viene de los Apóstoles progresa en la Iglesia bajo la asistencia del Espíritu Santo; ya que crece la comprensión tanto de las cosas como de las palabras transmitidas:

- ya sea por la contemplación y el estudio de los fieles, que las repasan en su corazón (cfr. Lc 2,19.51);
- ya sea por la íntima penetración que experimentan de las realidades espirituales;
- ya sea por la proclamación de aquéllos que con la sucesión del episcopado recibieron el carisma cierto de la verdad.

En esta forma, la Iglesia, en el decurso de los siglos, tiende constantemente a la plenitud de la verdad divina, hasta que en ella se cumplan las palabras de Dios"²¹.

Como claramente se percibe, en esta tarea de penetración en la verdad participa toda la Iglesia en sus diferentes niveles:

1º Los fieles (y allí tenemos cabida absolutamente todos: laicos, religiosos, clérigos) con su contemplación y meditación.

2º Los teólogos: con su íntima penetración de las realidades espirituales. Nótese que no sólo se trata de un estudio penetrante, sino de una verdadera "experiencia espiritual".

3º Los obispos: con su oficio de maestros de la verdad y proclamadores de la misma.

No se trata en nuestro caso de una revelación "fundadora o constitutiva" como lo fue la de la era apostólica; pero sí de una acción constante y positivamente iluminadora del Espíritu sobre la Iglesia fundada por Cristo y por el Espíritu Santo²². La Constitución *Dei Verbum* dice que "por el Espíritu Santo la voz del Evangelio resuena viva en la Iglesia, y por la Iglesia en el mundo"²³.

El Espíritu Santo inspiró las Escrituras; y Jesús a su impulso, proclamó el Evangelio e instituyó la Eucaristía; pues bien, el Espíritu Santo actualiza las Escrituras y la Eucaristía día con día en la Iglesia, a través de los siglos. Jesús y el Espíritu son inseparables, como inseparables son del Padre, Jesús y el Espíritu Santo (Jn 10,30.38; 14,11.16.17; 15,16; 16,14-15; 17,21).

4. Oración y estudio; estudio y oración.

Hermoso panorama para nuestra oración personal y para nuestra

²¹ *Dei Verbum* 8b.

²² Y. Congar, *El Espíritu Santo*. Herder, Barcelona 1983: "La Iglesia es hecha por el Espíritu. El es su cofundador": pp. 207-217.

²³ *Dei Verbum* 8c.

acción sacerdotal como "maestros" de las cosas de Dios. Jesús decía a Nicodemo: "Nosotros hablamos de lo que sabemos, y damos testimonio de lo que hemos visto" (Jn 3,11). No podemos entregar sino lo que primeramente hayamos contemplado. No podemos incendiar a otros, si primero no ardemos dentro de nosotros mismos²⁴.

Y la Palabra de Dios, primero se recibe, es decir, es leída y escuchada²⁵; después, penetrando en el corazón, allí es acogida²⁶; luego, gracias a la luz del Espíritu Santo, esa Palabra es comprendida²⁷; y finalmente produce frutos de vida eterna²⁸.

IV. El Sacerdote, Sacramento de Cristo e Instrumento del Espíritu

1. La presencia de Cristo en la Liturgia.

La Constitución *Sacrosanctum Concilium* nos estimula ardientemente a cumplir con alegría y entusiasmo nuestro ministerio de la Palabra, particularmente en la Liturgia Sagrada. En ella leemos:

"Cristo está siempre presente a su Iglesia sobre todo en la acción litúrgica.

— Está presente en el sacrificio de la Misa,

* sea en la persona del ministro, 'ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz',

* sea sobre todo bajo las especies eucarísticas.

— Está presente con su virtud en los sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza.

— Está presente en su Palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla.

— Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: 'Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos' (Mt 18,20)"²⁹.

²⁴ S. Tomás de Aquino, *Summa Theologica*: II-II qq. 179-182, sobre la vida contemplativa y activa. - San Gregorio Magno escribe en su *Regla Pastoral*: "Sit rector actione praecipuus; prae cunctis in contemplatione suspensus" = "Sea el pastor el primero en la acción; y entréguese más que nadie a la contemplación" (P. 2 c. 1: ML 77, 26). Y en sus *Mora'ia* dice: "Neque enim res, quae in se ipsa non arserit, aliud incendit" (Mor. VII, 44. 72).

²⁵ Cf. 1Ts 1, 13; 4, 1; 2Ts 3, 6; 1Co 11, 23; 15, 1. 3; Ga 1, 9; Ro 10, 17; Flp 4, 9; Col 2, 6; Ef 1, 13.

²⁶ Cf. 1Ts 1, 6; 2Ts 2, 10; 2Co 11, 4; Ro 10, 8-10.

²⁷ Cf. 1Co 2, 6-16.

²⁸ Mc 4, 20; Lc 8, 15; Mt 13, 23.

²⁹ *Sacrosanctum Concilium* n. 7; cf. SC 33. 35. 48. 52.

2. El sacerdote, sacramento de Cristo-Palabra.

De aquí se sigue que así como el sacerdote es sacramento de la mediación de Cristo-Sacerdote³⁰; así es también sacramento de Cristo-Palabra de Dios. En efecto, él dijo: "*Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo... Como tú, Padre, en mí y yo en tí, que ellos también sean uno en nosotros... Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectamente uno*" (Jn 17,18.21.23). De esa unión estrecha entre Jesús y el sacerdote, se deduce la verdad de esa palabra del Señor: "*Quien a vosotros escucha, a mí me escucha; y quien a vosotros os rechaza, a mí me rechaza; y quien me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado*" (Lc 10,16).

Somos Cristo en medio de los hermanos, y él es la Palabra del Padre. Dejémosle que sea él quien hable por nuestros labios. Que sea una realidad la palabra que el sacerdote recita antes de proclamar el Evangelio: "*Que el Señor esté en mi corazón y en mis labios para que yo pueda anunciar digna y competentemente su Evangelio*"³¹.

El Espíritu Santo llenó a Jesús en plenitud, lo impulsó, lo condujo, lo iluminó y con su fuerza "*in virtute eius*" llevó a cabo su obra evangelizadora y santificadora, y su sacrificio redentor (Lc 3,21-22; 4,1.14.18; He 9,14).

Que ese mismo Espíritu, en el momento en que proclamemos la Palabra de Dios, nos conduzca, derrame en nosotros el amor de Dios, unja nuestro entendimiento con su luz de sabiduría, de inteligencia, de ciencia, de consejo; y robustezca nuestra voluntad con la fortaleza, la piedad, el santo temor de Dios que es respeto, veneración y obediencia incondicional a la voluntad del Padre de los Cielos³². Que él nos asista con su oficio de Paráclito permanente, dando vida a la palabra que proclamamos.

Cuando leamos y prediquemos la Palabra, seamos conscientes que es verdadera Palabra de Dios (1 Ts 2,13), y dejemos que pase por nosotros —como el agua pasa a través de un canal— con toda su divina eficacia, y que cumpla la misión que Dios ha puesto en ella (Is 55,10-11); que penetre y toque los corazones (Hch 2,37); que purifique y santifique los espíritus (Jn 15,3; Hc 4,12); que llegue a lo profundo del ser con todo su poder y persuasión (1Ts 1,5).

³⁰ Cf: A. Vanhoye, *El Sacerdocio de Cristo y nuestro sacerdocio*. En 'La llamada en la Biblia'. Ed. Atenas, Madrid 1983, pp. 226-233.

³¹ Missale Romanum: "Dominus sit in corde meo et in labiis meis ut digne et competenter annuntiem Evangelium suum".

³² S. Tomás de Aquino, *Summa Theologica* II-II q. 8 a. 6: Los dones de sabiduría, entendimiento, ciencia y consejo perfeccionan la inteligencia; en tanto que los dones de piedad, fortaleza y temor perfeccionan la voluntad.

3. *Profetas de Cristo y del Espíritu.*

En otros términos, nuestro ministerio de la Palabra debe ser "profético", esto es, que sea Cristo Jesús quien hable a través de nuestros labios; que sean sus palabras y no las nuestras las que broten de nuestra boca. Jesús fue "profeta del Padre" porque habló, no por su cuenta, sino lo que su Padre, que lo había enviado, le ordenó decir: "*Lo que Yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho a mí*" (Jn 12,50; cfr. Jn 3,34; 8,38).

Y también que nuestro ministerio de la Palabra sea "profético", porque la palabra que brote de nosotros sea lo que el Espíritu quiera decir por nuestros labios, ya que "en las palabras de los Profetas y de los Apóstoles que nosotros proclamamos, resuena la voz misma del Espíritu Santo"³³.

Si somos "profetas de Cristo y del Espíritu", la palabra proclamada por nosotros será operante y eficaz, producirá vida, proyectará luz, comunicará pureza, educará en la virtud y en la justicia, y mostrará los caminos de la santidad³⁴.

Y a propósito de la Liturgia de las Horas, hay que percibirla —pues lo es en realidad— como un elemento eficaz de santificación: que Cristo, nuestra Cabeza, hable y alabe al Padre por nuestros labios, al impulso del Espíritu: "Al Padre por Jesús en la comunión del Espíritu Santo" (2Co 13,13).

CONCLUSION

Jesús, modelo y maestro en el arte de proclamar y de enseñar las Escrituras.

San Pablo escribía a los Romanos: "*¡Oh abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos!*" (Ro 11,33).

Eso mismo podemos decir acerca de los tesoros escondidos en la Palabra de Dios. Y esos tesoros Dios los ha puesto en nuestras manos sacerdotales. Son para nosotros, y para que los distribuyamos a nuestros hermanos los hombres. ¿Los aprovechamos suficientemente?

¡Manos a la obra, y bebamos de esa fuente inagotable de la Palabra de Dios! No pensemos que un día llegaremos a poseerla en su totalidad. San Efrén decía refiriéndose a la Sagrada Escritura:

"Alégrate por lo que has alcanzado, sin entristecerte por lo que te queda por alcanzar. El sediento se alegra cuando bebe y no se entristece porque no puede agotar la fuente. La fuente ha de vencer tu sed, pero tu sed no ha de vencer la fuente, porque, si tu sed queda

³³ *Dei Verbum* n. 21b.

³⁴ Cf. He 4, 12; Jn 1, 4; 6, 63. 68; 15, 3; 2Ti 3, 16-17.

saciada sin que se agote la fuente, cuando vuelvas a tener sed podrás de nuevo beber de ella... Da gracias por lo que has recibido y no te entristezcas por la abundancia sobrante. Lo que has recibido y conseguido es tu parte, lo que ha quedado es tu herencia"³⁵.

El mismo Jesús es nuestro modelo y "maestro" en el arte de proclamar y de enseñar las Escrituras. El lo hizo al impulso del Espíritu; hagámoslo nosotros de la misma manera. Que el Señor, a través de nuestro ministerio de la Palabra, abra las inteligencias de los fieles para que comprendan las Escrituras (cfr. Lc 24,45).

Qué gracia del Señor tan grande no será cuando nuestros fieles comenten, como los discípulos de Emaús, después de escuchar nuestra proclamación:

"¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?" (Lc 24,32).

¡Que para el Padre sea todo el honor y toda la gloria por Cristo-Jesús en el Espíritu Santo! Amén.

³⁵ S. Efrén, *Sobre el Diatésaron*: Cap. 1, 18-19. SC 121, 52-53. (Liturgia de las Horas, Domingo VI del Tiempo ordinario).